

LA SEÑORA BELMUTZ II

La señora Belmutz baja a la playa. Lleva puesto un vestido negro de lunares blancos que deja al descubierto sus piernas desde la parte superior de la rodilla hasta la base del tobillo. Los pies, cubiertos por unos zapatos de color marrón con dibujos amarillos de unicornios ajirafados se desplazan por el paseo (1), arena seca (2) y arena mojada (3) hasta la orilla, donde rompen las olas. El agua está fría, muy fría, por lo que la señora Belmutz retorna al paseo y se dirige al malecón de cemento que asoma por la bocana del puerto hasta un punto donde cae verticalmente a saco sobre las aguas de alta mar abiertas al horizonte.

La señora Belmutz enfila el malecón de frente, pues a los lados no hay sino agua y más agua –muy fría – y de girar a izquierda o derecha correría el riesgo irremisible de caer a las profundidades marinas, donde –piensa- habitan criaturas que según dicen secuestran a señoras como la señora Belmutz para transformarlas en sirenas, extremo éste que no preocupa tanto a la señora Belmutz como el hecho de perder sus incunables zapatos marrones con dibujos amarillos de unicornios ajirafados, inadaptables a las colas de sirena.

La señora Belmutz no sabe nadar aunque a menudo sueña que se deja llevar por las olas en una mar poblada de unicornios ajirafados que le sonrían mientras expulsan por los cuernos el agua sobrante de la marea.

El malecón se adentra en las aguas, que luchan por alcanzar la superficie de cemento en un acto de desagravio a las olas por el terreno perdido en la marea baja. La señora Belmutz , que hasta ahora paseaba sonriente saludando a diestro y siniestro – con cuidado de no desplazarse demasiado a derecha o izquierda – , frunce el ceño ante la amenaza líquida. Entonces se para, da media vuelta y se encuentra a sí misma sobre una superficie cementada cuadrícula rodeada de agua por los cuatro lados.

La señora Belmutz, que jamás capitula ante la adversidad, decide actual sin más dilación. Entonces se despoja de sus zapatos y libera a los unicornios ajirafados que inmediatamente se transforman en peces multicolores que zigzaguean en las aguas creando una película de color negro con lunares blancos en cuyo interior navega la señora Belmutz sumida en un profundo sueño en el que unicornios ajirafados le sonrían mientras expulsan por los cuernos el agua sobrante de la marea.

Las olas transportan la membrana hacia la playa formando en su eterno retorno un ovillo de color negro con lunares blancos que finalmente una cresta blanquecina deposita en la orilla, donde unos niños juegan a desenrollar los ovillos arrastrados por la marea. La señora Belmutz espera pacientemente su turno hasta ser liberada de su membrana. Entonces se incorpora, sonríe a los niños - a los que regala sendos unicornios ajirafados - y abandona la playa camino del malecón.

Alberto Corera